

magnífica, siendo igualmente, uno de los paseos públicos de la ciudad.

Como en la tarde debia salir el vapor, me volví á buena hora al muelle, despues de haber andado por las partes mas notables de la ciudad, de la que no te hablo mas, porque no hallé en ella objetos mas interesantes, ni me sucedieron cosas dignas de contarse.

Parto esta noche con el placer que es de imaginarse en razon de que mañana ¡oh, mañana! probablemente veré colmados mis deseos de entrar á la Capital del Mundo católico, deseos que he abrigado toda mi vida para palpar las ruinas venerables que atestiguan su pasada grandeza, las maravillas de que está nuevamente dotada por la restauracion, y estudiar el arte en la ciudad que se reputa el imperio de las Bellas Artes.

Adios, María.

LXII

Roma Setiembre de 1868.

QUERIDA MARIA:

Antes de hablar de esta ciudad, voy á darte algunos detalles del camino que he traido desde mi salida de Liorna.

A las cinco y media de la tarde zarpó el vapor del muelle de esa ciudad y siempre un buen tiempo, comenzó á surcar las aguas del Mediterráneo. Yo me detuve sobre cubierta hasta bien entrada la noche, ocupada constantemente mi imaginacion con las impresiones que debia recibir á la vista de Roma que he

sido teatro de tantos acontecimientos memorables, patria de grandes hombres y donde se han desarrollado las mas notables peripecias que registra la historia.

Me figuraba ver cada uno de los sucesos que habia leído; contemplar á los personajes que fueron autores en los mil y mil dramas de que han sido testigos los siglos, y me trasportaba con la imaginacion á todos los lugares: veia por ejemplo, el sitio de donde salian Remo y Rómulo con el arado para diseñar la ciudad de las siete colinas y á poco, la envidia que dividia á los dos hermanos por la que el segundo dió muerte al primero: el estado miserable que guardaba ese pueblo de pastores que iniciaron el espíritu guerrero y conquistador que mas tarde debia animar á los romanos para ser dueños del mundo: la manera ingeniosa en que esos pastores, convertidos ya en guerreros, trasportaron las Sabinas á un Metrópoli porque carecía de mujeres.

Al hacer los recuerdos de la prime-

ra edad de Roma y juzgar la humildad de su origen, la mente me iba conduciendo á los grandes acontecimientos posteriores, cuando la soberbia ciudad daba leyes y sojuzgaba al mundo conocido y me llevaba aquel vasto campo de contemplacion diciéndome: "Hé ahí el templo de Minerva, el templo de Júpiter Capitolino, el Foro Romano en donde pusieron su planta los Cicerones, Scipiones, los Camilos, los Césares y los demas hombres grandes; más allá, en el Coliseo que resonó con los gritos de un pueblo ávido de emociones y en el que corria á torrentes sobre la arena la sangre de los gladiadores y mas tarde la de los mártires; el palacio de los Césares enfrente, sobre una eminencia artificial, basada en fuertes arcos que se mira aún con algunos vestigios marmóreos de los edificios; ese teatro de Marcelo comenzado por Julio César y terminado por Augusto, que contenia 350,000 espectadores; el teatro de Pompeyo, el circo Máximo, que podia contener 25,000 personas; el

Pórtico de Octavia, cuyas ruinas quedan en pié, los de Filippo, de Guilia, etc. La columna Trajana de mármol de cerca de 123 piés de altura y rica de mas de 2,200 figuras de bajorelieve, la de Antonino; el obelisco del Vaticano trasportado á Roma por Calígula y elevado por Sixto V, el de San Juan de Letran por Constancio y otros muchos monumentos que se conservan casi intactos á pesar de las frecuentes irrupciones de los bárbaros y de la serie de siglos que han pasado; y finalmente, esa Basílica, gloria de la época moderna lanzada á los aires por el atrevido arquitecto de la Restauracion, por el autor del Juicio final y del Moisés que se admira en la Iglesia de San Pedro Advíncula.....”

Despues de hacer estos y otros mil recuerdos de la Metrópoli que debia ver muy pronto y cuando habia cesado el ruido de los pagajeros y solamente se escuchaba el de los émbolos de la locomotora y de la helice, me retiré de cubierta para ir á reposar á mi cama.

rote, siempre con la agradable emocion de la perspectiva que se me presentaba en la imaginacion, de lo que debia ver y palpar realmente en lo futuro.

Al otro dia, como á las diez, comen-zaron á dejarse ver las costas romanas y más tarde el puerto Chivita Vechia, al que arribamos á la una del dia.

Dicho puerto está muy léjos de guardar parangon con los que habia visto en la travesía; su aspecto tiene algo de anticuado y solitario, véense muy pocos buques surtos en la bahía, y por consiguiente su movimiento comercial es reducido: el puerto de Civita-Vechia, no es ese puerto alegre y animado de San Francisco, el tumultuoso de N. York, el agitado y fabril de Marsella, ni mucho ménos los grandes de Southanton, que a su inmenso movimiento comercial, su aspecto por los millares de buques de todas partes, semejan bosques de mástiles y chimeneas.

Salté a tierra y despues de todos esos preliminares de descarga del equipage, cuando éste sometido a la inquisitorial

requisición de los guardas pontificios, que llevaban su correspondiente estado papal en el schacot, se me presentó un grueso y viejo italiano, que antes de poderlo evitar, me medio ahogó entre sus brazos y me plantó media docena de besos en las mejillas, picándome con el pelo de la barba que tenía a guiza de cepillo: confieso que estos besos me causaron la impresion mas desagradable que imaginarse pueda, aun cuando ha mucho tiempo habia sabido en México, que los franceses y los italianos, tenían la costumbre de manifestar de ese modo sus expansiones amistosas de saludo ó despedida, cosa á la verdad que hace sentir en todo el cuerpo una corriente eléctrica a modo de calosfrío, en lugar de la celestial sensacion que se experimenta con los que emanan de los labios de una mujer amada.

• Cuando me pude desprender de mi hombre, un poco asqueado y medio avergonzado, porque él, tal vez, esperaba igual correspondencia, pero que mi carácter varonil mexicano me lo impe-

dia, tratamos ya de otra cosa: se me ofreció para llevar mi equipaje al tren, que debia partir a Roma a las tres de la tarde, y al mismo tiempo me presentó la tarjeta de una casa española de huéspedes que habia en aquella ciudad, que ciertamente me venia muy bien, en razon de que la carencia del idioma italiano, me pondría en aprietos al hospedarme en un hotel romano.

Llegados al tren y depositado mi equipaje, juzgué oportuno manifestar mi gratitud al que tan cariñosamente me habia acogido y manejándose officiosamente, llevándolo al restaurant, que quedaba allí inmediato, y ambos despachamos sin etiqueta alguna los platos de la sabrosa cocina italiana que nos pusieron delante, elevando al aire repetidas veces la folleta del no ménos agradable vino rosso de Orvieto, al que mi amigo triplicaba las caricias.

• Cuando yo veia este entusiasmo y que se le ponian las mejillas color de rosa de Bengala, me entró cierto temor de que llegara el momento de la despe-

dida, en la que probablemente, centuplicaria sus anteriores manifestaciones de amistad. No me equivoqué, porque cuando llegó la hora de subir al wagon, para marchar, volví de nuevo á quedar prisionero en los brazos del fornido italiano y sus lábios volvieron a profanar mis tímidas mejillas, deshaciéndose en cumplimientos y expresivas protestas de amistad.

Partió finalmente el tren, y en el wagon que me tocó, iban tres ó cuatro seculares y ocho clérigos, todos italianos. Al ir caminando, solamente por las ventanas del coche miraba yo los suburbios de la ciudad de Civita: Vecchia y algunas alturas de edificios particulares é iglesias, pareciendome todo el conjunto, de un aspecto anticuado llegado á ella; pero fué por haberme entretenido en el almuerzo y ser limitado el tiempo que quedaba para repartir.

Cuando habíamos caminado algun trecho, los compañeros de viaje se fueron quedando en las diversas poblaciones que habia en el tránsito, los que no

tenian cosa interesante por cierto, que mas bien eran una especie de pueblecitos ó villorrios desmantelados y el campo que recorriamos árido y sin vestigios de cultivo, como generalmente se mira en otros países, transitando por caminos cortos.

Ya yo sabia que la campiña romana era como un cementerio y sus moradores indolentes y perezosos, pero aun así me cogia de nuevo tanta aridez y la falta de haciendas, rancherías y otras señales que manifiestan el trabajo.

El tren seguia impertérrito su camino, cuando al voltear una quebrada, los pocos pasajeros que quedaban, exclamaron: ¡he ahí la cúpula de San Pedro!

Un vuelco me dió el corazon al oír estas palabras; dirijo la vista hácia donde indicaban el monumento y, no puedo explicar la profunda emocion que experimento al ver aquella maravilla que se destacaba imponente sobre el azul del cielo.

Un nudo se me atravesó en la gar-

ganta; se me humedecieron los párpados y casi iba á caer de rodillas, sino ¡había sido por la vergüenza que me retenia. Admiraba estasiado aquella soberbia cúpula, que aun estaba distante, cuando se perdió de vista, porque el tren entraba á una hondonada y paró adelante, en una pequeña estacion en la que bajaban los últimos compañeros de wagon.

Quedé entonces solo y aprecié en el alma esta circunstancia, porque ya podia seguir contemplando las perspectivas que se me presentaran, sin testigos, dando rienda suelta á mis emociones.

En efecto, á poco de haber silvado la locomotora y avanzado el tren salió á una planicie y ahí se me presentó en mayores proporciones, la cúpula y aparecieron una parte del Vaticano y otros templos y edificios de la ciudad.

Te habrás reido, María, de mi locura, de mi avidez por ver todo lo que se iba desarrollando á mi vista; pues ya iba de un lado, ya de otro en las ventanillas del coche, segun las vueltas

que daba en las curvas del camino y, cuando iba siendo mas y mas grandiosa la perspectiva, lanzaba gritos de júbilo, exclamaciones de entusiasmo, y entonces lo diré? Se me escapó un raudal de lágrimas porque veia coronados mis deseos, realizados mis ensueños y estaba en frente de la ciudad eterna, que tan grande habia sido en la antigüedad, cuando los romanos conquistaron el mundo, como desde que era la metrópoli del catolicismo.

Al paso que ya tenia yo á la vista todo el panorama de la gran ciudad, y la contemplaba absorto, otras ruinas que se veian al paso, me llamaban igualmente la atencion y las veia con respeto, recordando los grandes sucesos de que habian sido testigos y las muchas generaciones que habian visto desaparecer..... finalmente, todo lo que veia y abarcaba mi vista, me inspiraba un torbellino de ideas á cual mas encontradas, con la mezcla histórica de todas las épocas, de todos los acontecimientos, de todas las vicisitudes de aquella ciu-

dad, de aquellas ruinas, de aquellas campiñas, que yacian ahora mudas y cubiertas con los vestigios de los templos y palacios entremezclados de la enmarañada vegetacion, de la vid y de los arbustos; pero siempre bajo un cielo sin mancha y con el tributo de la admiracion de todos los pueblos.

Cuando el crepúsculo cubrió con su misterioso manto ese delicioso panorama, percibi á distancia, los muros de la ciudad y algunas luces comenzaron á aparecer en varias de las chozas que rodean los contornos de Roma.

Mi corazon latia mas fuertemente, porque decia en mis adentros: "¡estoy en Roma; dentro de un momento pisaré su suelo y respiraré el aire de sus calles!"

A poco silva la locomotora y en breve, comienza á entrar el tren á las dependencias de la estacion romana, cruzada de rieles, locomotoras y wagoes. ¡Hemos llegado!

Penetramos á un gran patio cubierto de cristales, en donde habia ya mucha

luz y un concurso numeroso: paramos y, acto continuo, tomó cada cual su equipage y se preparó á salir. Tomé yo mi saco de noche, descendí y, á poco que hube recabado toda mi carga, en voz alta llamé un cochero que conociera la posada de la Minerva, cuya direccion me habia dado el italiano de Civita Vecchia; inmediatamente aparecieron varios y yo tomé el mas próximo, no sin refunfuñar los que quedaron desairados.

Al ir entrando por las calles de la ciudad, me sentí un poco contrariado al ver la irregularidad de algunas, la estrechéz de otras, y algunos edificios súcios y de aspecto melancólico y ruinoso que, con la escasez de la luz del alumbrado, tomaban un aspecto siniestro, semejándolos á aquellos castillos feudales de la edad media.

Confieso que sentí disminuir en mucha parte mis ilusiones y rebajar el alto concepto que me formé de Roma, al ver su imponente panorama desde el camino, porque como venia directamen-

te de Paris, esperaba que esta ciudad fuera inferior á aquella y esperaba entrar triunfalmente por entre anchurosas calles y soberbias plazas con obeliscos y monumentos á derecha é izquierda y fué todo lo contrario. Consideraba entonces que las relaciones de los viajeros eran exageradas y que todo el mundo veía á Roma bajo un prisma formado por la preocupacion y los antecedentes de la historia; ya se sabe que la imaginacion crea y destruye, si me es permitido expresarme así; la mía, por lo que habia leído, y por el exterior de la ciudad que ví á distancia, me la presentó imponente por dentro y fuera y ahora que veo desvanecida esa ilusion, me hace creer que Roma es un poblacho que vale poco..... pero, no hay que llevarse de las primeras impresiones; esperemos y no juzguemos sin causa: comencemos nuestra excursion; veamos con imparcialidad las maravillas que nos han descrito ostentosamente los viajeros, y despues pronunciamos nuestro fallo.

Despues de algunas vueltas y revueltas que dió el coche que me conducia, se detuvo frente á una casa cuya fachada tampoco me hizo gracia: era la posada española que me esperaba, segun la tarjeta de direccion. La familia dueña de esta, era descendiente de españoles, por lo que poseia el idioma de sus progenitores al par que el italiano: cosa que me tenia cuenta porque yo ignoraba el último y dos jóvenes que habia allí, podian guiarme en los preliminares del aprendizaje.

Como tenia alguna necesidad en el estómago, acepté una comida que me ofreció la patrona de la casa y, cuando estaba yo en la operacion gastronomica, que serian las ocho de la noche, oí en la calle muchas voces como de gente que venia hablando á un tiempo y á poco, un canto en coro destemplado. Pregunto à Manuel, que así se llamaba el joven de la casa, qué cosa era aquello, y me contesta que es el rosario que van rezando muchas personas, ejercicio que hacian diariamente en los diversos

puntos de la ciudad. A mí me causó estrañeza porque me pareció antiquísima esa costumbre y solamente habia oido decir, que en otro tiempo se habia practicado en nuestros países; pero reflexioné que me hallaba en Roma, en la sede de la religion y que estas y otras prácticas por el estilo, debian estar en boga, mientras que en otras partes habian claudicado.

Como sabes, María, que cuando lle-go á una parte por primera vez me devora la fiebre por verlo todo, por conocerlo, no me resolví á esperar á la mañana para comenzar mi escursion, sino que propuse á Manuel me condujera á algunas calles para ver á Roma con la iluminacion del gas.

A pocos pasos de la casa, pasamos frente á la iglesia de la Minerva; entramos despues á la plaza del mismo nombre en la que hay una fuente con un elefante de granito, que lleva encima un pequeño obelisco; seguimos por un laberinfo de calles angostas y curvas y

llegamos á la plaza de la Rotunda ó antiguo Panteon; era el primer monumento que yo admiraba en Roma, exteriormente por su magnífico pórtico, compuesto de diez y seis columnas de granito de una sola pieza y de una altura considerable. Seguimos adelante pasando frente á algunos templos y altos edificios, de cuya arquitectura no se podia juzgar porque la luz no era muy intensa y ademas, casi todos eran de un color gris sucio y chorreado por diversas partes.

Entramos á la calle del Corso, la principal de la ciudad y la mas recta y ancha, que comienza de la Plaza del Popolo y termina en la de Venecia: allí ví ya mas movimiento, mas luz y la mayor parte de sus tiendas abiertas; estas me parecieron pequeñas y desairado su interior, respecto de las de las demas ciudades: en las mercerías se veian colgados sendos mazos de rosarios de varias clases y tamaños, relicarios, retratos en fotografia de Pio IX, de todas dimensiones, vistas de todos

los sitios de la ciudad y otras chácharas de poco valor.

En cuanto á tiendas de ropa, joyerías, etc., tambien notaba yo pequeñez y poco gusto; no eran esos espléndidos almacenes de Nueva York, Paris y otras ciudades que deslumbran por su riqueza y por el arte con que están colocados los objetos.

Nos entramos á algunas calles transversales, que desembocan en Babuéno paralela á la del Corso, y allí vimos algunas tiendas de abarrotes ó pulperías y fondas romanas de aspecto de bodega, que daría vergüenza entrar en ellas á una persona decente y, sin embargo, habia varias de esta categoria, sentadas delante de mesas largas y angostas cubiertas de manteles no muy limpios. Vimos, igualmente, una especie de tabernas, en donde se pedian dos ó tres platos, que eran el pretesto para saborear los vinos *rosso y bianco* de á tres de á cuatro y hasta de á diez centavos la *folletta*; esas cloacas ó garitos, son ahumadas y alumbran escasamente con un

quinqué de hoja de lata, una reunion heterogénea de carreteros, mujeres del pueblo y algunos fraites de diversas órdenes religiosas; bien que favorecidos por la poca luz que recibian y agrupados entre la multitud, probaban tambien de lo caro.

Estas tabernas con otras casas y cosas por el estilo, me traian á la memoria las leyendas de la Edad Média, en que los donceles de capa y espada se daban de cuchilladas en las lóbregas calles de una ciudad á la moribunda luz de una linterna suspendida frente á alguna Madona y despues si no morian se entraban en una casa como la que he descrito y allí menudeaban de lo bueno.

Por lo que he visto en los pocos dias que llevo de estar en la ciudad, comprendo que ella es esencialmente conservadora en todo, y todas sus cosas tienen el sello de lo antiguo, guardando con la religion un exacto paralelo. Muchas de esas costumbres y prácticas que han desaparecido de otros pueblos y solo se conocen por la tradicion

se miran aun en esta ciudad y hasta creo que se tiene un especial cuidado en conservarlas.

Despues de haber recorrido algunas calles que no dejaron de destruir un poco la ilusion que yo me habia formado de la grandeza de Roma, me retiré entre diez y media y once de la noche para descansar.

Te dejo reposar tambien María, de la lectura de esta carta, ofreciéndote continuar mi describeion en la siguiente, que acaso contenga impresiones que correspondan á lo mucho bueno que se ha hablado de la capital del orbe católico. Adios.

LII.

Roma Octubre de 1868.

QUERIDA AMIGA MIA.

Al otro dia bien temprano, la mañana estaba hermosísima y lo primero que hice fué, asomarme á la ventana de mi cuarto para ver la calle, tomar fresco y ver si el cielo estaba limpio, á fin de que el paseo á que me preparaba no fuera interrumpido por alguna de esas eventualidades de los elementos.